

Carlos Díaz

¿Y AL MAESTRO QUIÉN LE HACE?

didaskalos pedagogía

13



CARLOS DÍAZ

¿Y AL MAESTRO
QUIÉN LE HACE?



Imagen de cubierta: Pinturas en la casa de Dalí en España

Primera edición: enero 2024

© Autor: Carlos Díaz

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-35106-2023

ISBN: 978-84-19431-30-1

Maquetación: Juan Carlos Adame

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

Índice

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO DE UN MAESTRO RURAL PERUANO	9
PROEMIO SOBRE EL ACONTECIMIENTO EN LA ESCUELA	13
¿CÓMO LEER UN TEXTO SIN AL MISMO TIEMPO ESCRIBIRLO?	19
CAP. I: EL FUEGO CRUZADO ANTI-MAESTRO	23
1. EL EFECTO PIGMALIÓN	23
1.1. <i>La disociación entre vocación y profesión</i>	28
1.2. <i>Efectos escolares colaterales</i>	32
2. ¿NO TENEMOS NINGUNA RESPONSABILIDAD LOS PADRES, LOS MAESTROS, LA SOCIEDAD?	37
3. HAGAN EL FAVOR DE LEVANTARSE, HA ENTRADO EL PROFESOR	39
CAP. II: EL MAESTRO DESPIERTA LO MEJOR	43
1. MAGISTERIO Y MINISTERIO	43
1.1. <i>Evitar el practicismo</i>	46
1.2. <i>Lo interhumano</i>	49
2. EL MAESTRO MODELO	53
2.1. <i>La diferencia entre jefe y modelo</i>	57
CAP. III: LA CAJA DE HERRAMIENTAS DEL AUTÉNTICO MAESTRO	61

	<i>Págs.</i>
CAP. IV: PALABRAS CLAVE	73
A) SABER	73
1. ESTUDIAR	73
2. SABERSE	77
B) BIENQUERER	80
1. QUERER SABER PARA SABER QUERER	80
1.1. <i>Cariño magisterial</i>	82
2. QUERER POR HABER SIDO QUERIDO	83
C) INTENTAR	84
1. EL QUERER-VOLUNTAD	84
1.1. <i>Fuerza del coraje y valor de lo heroico</i>	85
1.2. <i>Una voluntad que reconoce lo difícil</i>	87
2. EL DESEO, UNA VOLUNTAD DÉBIL.	88
2.1. <i>Contra el desorden de los deseos</i>	88
2.2. <i>El desventurado malquerer del trastornado emocional</i>	91
2.3. <i>El desventurado malquerer del eterno negador</i>	92
2.4. <i>Violadores, seudosatisfactores, inhibidores y satisfactores parciales de la voluntad</i>	93
3. UNA VOLUNTAD CREADA CREADORA QUE SABE DECIR SÍ	93
4. UNA VOLUNTAD QUE QUIERE ETERNIZARSE DEJÁNDOSE ETERNIZAR	95
D) DEBER	96
1. AUTONOMÍA Y ARISTOCRACIA DEL DEBER	96
2. EL CASO DE LOS DERECHOS HUMANOS	99
E) PODER	101

	<i>Págs.</i>
1. DEBER Y PODER	101
1.1. <i>¡Puedo!</i>	102
1.2. <i>La forja del carácter ético</i>	102
2. ¡SOY LIBRE, ACTÚO!	104
3. PARA LLEGAR MUY LEJOS, COMENZAR POR IR MUY CERCA.	105
4. EL PODER QUE NO PUEDE, LA IMPOTENCIA	107
4. 1. CUANDO DUELE.	107
4.2. PODER E IMPOTENCIA: ELEGANCIA E INELEGANCIA	109
F) ESPERAR.	110
1. SABER ESTAR PARA PODER SER.	110
1.1. <i>La veteranía es un grado</i>	112
2. EL CORAZÓN MÍSTICO DE LA ESPERANZA: ENRAIZAR TRASCENDIENDO Y ENRAIZANDO TRASCENDER	113
G) HACER.	115
1. DE CADA CUAL SUS POSIBILIDADES, A CADA CUAL SUS NECESIDADES.	115
2. DE LA ESCUELA DIALÓGICA A LA ESCUELA PROFÉTICA	116
H) AGRADECER.	119
1. SABERSE EN BUENAS MANOS	119
2. EN EL LAB/ORATORIO DE LA VIDA	122
3. ¿Y DESPUÉS, QUÉ?	123
 CAP. V: EL MAESTRO, UN OBELISCO EN LA LLANURA, NO UN MUÑÓN	 127
1. CHARLES PÉGUY Y LOS PROBLEMAS DE LA ENSEÑANZA	127
2. SI SE ES NECESARIO, SE ES TAMBIÉN IMPRESCINDIBLE	132
3. COMPETIR CON HONOR	135

	<u>Págs.</u>
4. UN MUÑÓN DE MAESTRO: LA ENGAÑÓTICA, PLACEBO DE LA ANSIEDAD	136
CAP. VI: DE OTRO MODO ENSEÑAR	143
1. DE OTRO MODO ENSEÑAR A ESCRIBIR	143
1.1. <i>Si escribe el maestro, será imposible que no escri-</i> <i>ban los discípulos</i>	148
2. DE OTRO MODO ENSEÑAR A HABLAR	150
3. DE OTRO MODO ENSEÑAR A CORREGIR	154
4. DE OTRO MODO ENSEÑAR A SER BUENOS	156
5. DE OTRO MODO ENSEÑAR A SER LIBRES	159
6. DE OTRO MODO ENSEÑAR A HACER LO QUE SE PUEDA	162
7. DE OTRO MODO ACAMPAR AGRADECIENDO: AQUÍ ES- TÁIS LOS MIS MAESTROS	163
CAP. VII: MI MAESTRO Y SEÑOR	169

Prólogo de un maestro rural peruano

En plena avalancha de lo que desde Europa y América llaman “educar por competencias”, una forma de acomodar la escuela a la ideología pragmatista del mercado del capital, los libros de don Carlos enseñan a fundamentar: *a)* la dignidad del maestro, perdida en un mundo que no la valora; *b)* la axiología que supera lo “fluido” relativista; *c)* la filosofía, porque no se puede enseñar a las personas sin saber bien filosofía; *d)* la pedagogía, pues enseñar es unir los pulsos del maestro y los del discípulo; *e)* la teología, porque madurar en la escuela sin un horizonte de sentido y de ultimidad la convierte en inútil.

Especial atención merece la prosa aforística del doctor, plasmada en frases brillantes, profundas y dignas de ser fijadas en las paredes de las escuelas: quien no sabe escribir no sabe leer,

y quien no sabe ni leer ni escribir no puede entender la realidad, es decir, no supera el límite del analfabetismo. Por decir una palabra sobre el autor, Carlos Díaz ha sido y sigue siendo una voz que clama en nuestro desierto, y por eso es para nosotros sin ningún género de duda uno de los maestros que ha procurado vivir lo que enseña, y enseñar lo que cree buscando la transformación militante de la ciencia en conciencia, de la conciencia en acción, y de la acción abierta a lo infinito divino amoroso, y todo ello de forma insobornable.

La última gran pandemia sirvió de excusa para vaciar de maestros las escuelas en favor de la escuela no presencial, a distancia, más barata y menos exigente, sin sangre, de secuencias programadas inercialmente para abolir la relación interpersonal en el aprendizaje. Todos los tratados de pedagogía clásica, y no digamos nada de la humanista, se han ido por el albañal. No sólo las escuelas privadas, sino también las públicas corren como galgo tras caza con la lengua fuera pero sin caza alguna, como galgos engalgados, o cazadores cazados.

Este libro, como todos los de su autor, concita la profundidad de quien ha estudiado mucho, el oficio de la habilidad crítica, el insólito estilo literario, prosa poética de gran calidad, y la empatía eutrapélica de un humor hilarante, al mismo tiempo duro con la impostura y la vulgaridad mimética, y a la vez cálido, como la razón que su autor postula, viva entre los docentes de Latinoamérica, igual presencialmente que mediante videoconferencias numerosísimas. Cada nuevo libro de Carlos Díaz, cada acto suyo de presencia, es una nueva fiesta.

El profesor Díaz, bien conocido en el mundo de habla latina, es metodológicamente holista, no atomista, pues cada

una de sus argumentaciones repercute estocásticamente en casi todos los campos, tan numerosos como le permite su asombrosa formación interdisciplinaria siempre en dilatación, sintagmática, sistemática, que en un primer momento avanza dialécticamente, por demolición, por antítesis, y que poco a poco se convierte en espiral, sin ambigüedad ni acomodación. Carlos Díaz es un nuevo Sócrates; soy parte de una generación de sus discípulos, lector habitual de este maestro y puedo afirmar que *¿Y al maestro, quién le hace?* es la punta de la última espiral.

Contra lo que es costumbre en la inútil posmodernidad, Carlos Díaz insiste en que una escuela no se construye tan sólo con materiales de diseño preprogramados, sino con materiales amasados en el espíritu, siendo el buen maestro la forma que da sentido a los contenidos. El maestro es el alma de la escuela, ningún ladrillo construye el edificio, es necesario un maestro, el cual —como ha venido diciendo siempre el autor de estas páginas— exige mucha perseverancia y humildad ante el absoluto del ser.

Se es maestro sin dejar de ser alumno, y ambas cosas se concitan en la figura de Carlos Díaz, maestro de maestros, y sembrador hasta la extenuación. Carlos Díaz es la conjunción de dos voces, y no sólo su eco, la de Emmanuel Mounier y la de Marcelino Legido. Lo básico de ambos maestros enraíza y fructifica en este filósofo español e internacional cuyo pensamiento ha llegado a ser original hasta límites insospechables, tanto en profundidad como en extensión. Ha publicado mucho más que sus maestros, pero siempre gracias a ellos y sobre sus hombros. Su alma mater Marcelino Legido admiraba a Mounier, y Car-

los Díaz a Mounier y a Legido. Desde sus diferencias creativas descubrimos en los tres un pensamiento trinitario singularísimo y con perfil propio. Con ellos sale el pensamiento académico a la plaza y se pone al pie de la cruz, en cada uno de ellos a su manera.

Fermín Bocos. Maestro rural. Piura, Perú.

Proemio sobre el acontecimiento en la escuela

Queridos amigos lectores y lectoras:

Es tal el número de leyes, tan compleja su nomenclatura, y tan flatulenta su prosa anglosajona, que sólo unos pocos burócratas gubernativos pueden entenderlas, saber al dedillo de qué se trata. No parece, de cualquier modo, importar demasiado; el número de maestros que leen esos bodrios es tan escaso como el de los católicos que estudian las Encíclicas.

Pero los maestros andan mareados, desmoralizados, y reclusos sin oposiciones exigentes a golpe de prescripciones; una costra de desinterés y de apatía les lleva al psiquiatra. Como ovejas sin pastor sortean cada día nuevos hartazgos y no parecen demasiado entusiasmados. La administración se los come.

Tampoco la escuela es un lugar para alentar la felicidad de los alumnos.

A este tipo de situaciones se llega poco a poco, y somos muchos los responsables, aunque no todos del mismo modo. Ni qué decir tiene que, en Estados Unidos y en su pediseca Europa, y de ahí a través de España en Latinoamérica, se enseña fundamentalmente para los intereses del capitalismo funcionalista, para la industria de los países primermundistas y no para el alumno, algo que nunca estuvo tan claro como en la famosa “educación por competencias”, auténtica fábrica de incompetentes.

España es uno de los países del mundo donde mejor se paga a los maestros, aunque no se pague mucho, sobre todo en comparación con lo que ganaban nuestros abuelos y nuestros padres docentes. No es para tirar cohetes (como todo el mundo sabe nuestros alumnos van a la cola de Europa), pero en comparación con el resto de las profesiones ha mejorado mucho, aunque sería difícil saber si en cuanto a su preparación también lo han hecho proporcionalmente. Los maestros saben más que antes, pero ¿saben lo suficiente en relación con las exigencias de hoy? No sería muy arriesgado afirmar que, en general, lo que predomina es una gran falta de talento y de dedicación al estudio. Si estudiar es desvivirse y exige mucho esfuerzo cotidiano, ¿cómo sería posible una enseñanza de calidad sin una cultura del esfuerzo?

Además, la cuestión no es únicamente si saben los maestros lo que exigen los tiempos, sino si les gustan enseñarlo, si aman su vocación de maestros, si disfrutan haciendo crecer, si son argumento de esperanza para la humanidad. Por eso da toda la impresión de que no se sabe demasiado bien en qué consiste lo que se llamaba *vocación*, una de las palabras más deprimidas.

En este orden de cosas, y puesto que vocación e imagen de humanidad van juntas, ¿cómo podríamos hablar de vocación de humanidad cuando las delirantes ideologías de “género” carecen de toda consistencia epistemológica? La caída de los paradigmas antropológicos es tan grande en ellas, que cuesta saber a quién educar y con qué criterios hacerlo. En un vacío tan enorme sólo puede primar la ausencia: las clases no—presenciales, los no—maestros, las no—lecciones magistrales. Donde el relativismo se ha extendido cual mala peste, ¿cuál ha de ser la función del maestro? La de no meterse en problemas luego de ingresar en la bolsa marsupial de las listas de interinos sin capacidad para hacer una oposición y atornillarse en la silla. Desgraciadamente, tampoco hay sindicato alguno que se atreva en nuestras calendas a plantear ninguna huelga antropológica, parásitos de la sociedad a cuyo través traicionan a sus alumnos.

Requiem aeternam, sin embargo: nada va a pasar; si algo puede ir peor en la escuela, irá. La sociedad será más inhabitable, violenta, macarra, con padres y madres que golpean a maestros y maestras. Los Colegios Mayores harán “novatadas” de una brutalidad humana impeorable. El acoso escolar se habrá vuelto normal. Las peleas callejeras con machetes se habrán convertido en el único espectáculo emocionante. Dicho esto, cae sobre quienes así se pronuncian la tachadura de “pesimistas”.

No hincharé el perro, en todo caso. Baste con decir que de la escuela ha desaparecido el *acontecimiento*. En efecto, acontecimiento es algo que me ocurre, que me afecta; si en mí no ocurre algo, no es un acontecimiento sino —como se dice académicamente— un evento, un impersonal del tipo “llueve” o —como ahora se dice— en el modo “me parece que”. Acontecimiento

es fidelidad. Mucho se habla sobre infidelidad cuando se incurre en algún ilícito, y es cierto, pero la auténtica infidelidad está en no acudir a la cita con la realidad. Quizá porque entonces la realidad temida es la única y auténtica realidad, frente a la inexistente de quien huye de ella. La realidad es afrontamiento que acontece en carne y hueso.

Cuando Emmanuel Mounier aseguraba que “el acontecimiento ha de ser nuestro maestro interior” estaba proclamando lo mismo de otro modo: que sin ese magisterio no acontece nada dentro ni fuera de la persona. Para que el magisterio alcance la condición de tal es preciso ir al alumno, a su concreta existencia, ser con él estando con él. Si esto falta nos vemos envueltos en una intolerable presunción, en una simonía. Pero será el alumno quien diga quién ha estado con él, no los mentirosos idearios propagandísticos de los colegios. Hablar, por ejemplo, de conectar con los empobrecidos de África, exige un compromiso concreto, real, histórico, con África: tocar África. Y sería —y suele serlo— repugnante faltar a esa cita en carne viva; es menester transfundir la sangre personalista desde las propias venas gota a gota, en persona.

Lo no-presencial es papel cuché, reuniones para chatear, mucha internet, cultivo de amistades de invernadero y parlotear, pescar en la pecera. La verdad tiene muchos predicadores, pero pocos mártires. Los continentes necesitan contenidos y sujetos.

La razón por la que no hay maestros es la misma por la cual no hay *testigos presenciales*. No cesamos de hablar de la gravísima situación global en el mundo, de la muerte del planeta y blablablá, pero ¿desde qué mundo hablamos? La militancia (palabra sospechosa para los más pusilánimes) cuesta tiempo y

dinero, mete en problemas, es amarga, pero ¿por qué seguir llamando acontecimiento a lo que no acontece, a lo que queda olvidado y cubierto de polvo en el cajón de los discursos formales para guardar las apariencias? Llevamos una barbaridad de años echando incienso a la escuela, pero ¿está aconteciendo en nosotros mismos? Quien habla así, en este caso yo mismo, es quien más debería someterse a examen, claro está.

Sin la menor pretensión de inculpar a nadie, la escuela del acontecimiento brilla por su ausencia, excepciones gloriosas aparte. No hemos sabido hacer comprensible nuestro esfuerzo, las horas de dedicación, la ilusión, la vivencia, la búsqueda. No hemos sabido acontecer en la sociedad, ni la sociedad en nosotros. No hemos sido comunidad personalista y comunitaria. Estas palabras no pretenden generar malas conciencias ni desean potenciar el derrotismo. Al manifestarme así no me complazco en el pesimismo, lo pésimo sería mirar para otro lado, teparle el ojo al macho como se dice en algunos países de habla hispana. Desde luego la mies es mucha, y los trabajadores en la viña pocos. Si alguien viviera sin querer acontecer o ser acontecido sería un desertor del surco arado.

Los maestros saben más que antes, pero ¿saben lo suficiente en relación con las exigencias de hoy? No sería muy arriesgado afirmar que, en general, lo que predomina es una gran falta de talento y de dedicación al estudio. Si estudiar es desvivirse y exige mucho esfuerzo cotidiano, ¿cómo sería posible una enseñanza de calidad sin una cultura del esfuerzo?

Además, la cuestión no es únicamente si saben los maestros lo que exigen los tiempos, sino si les gusta enseñarlo, si aman su vocación de maestros, si disfrutan haciendo crecer, si son argumento de esperanza para la humanidad.

Para que el magisterio alcance la condición de tal es preciso ir al alumno, a su concreta existencia, ser con él estando con él. Si esto falta nos vemos envueltos en una intolerable presunción, en una simonía. Pero será el alumno quien diga quién ha estado con él, no los mentirosos idearios propagandísticos de los colegios.